

una charada casi siempre, se origina esa impresión de esterilidad y de vacío que deja en el ánimo la lectura de las secciones noticieras y de la parte estrictamente consagrada a la actualidad en los periódicos. Una inmensa fatiga nace de esa incoherente amalgama de noticias sin antecedentes ni consecuencias, sin ilación ni clave. Por eso hay quien todavía prefiere el artículo político y quien busca como una golosina la sección literaria. En lo político sí que se enlazan los sucesos y se mira una cuestión por todos sus aspectos y se discurre sutilmente acerca de los móviles de las acciones más insignificantes; y en la literaria, el escritor que cuenta un cuento se cree en el caso de decir *en qué paró*; si en boda, si en entierro... A lo menos esta ventaja tenemos los cuentistas — historiadores al modo lírico, en tono menor, pero historiadores. — La historia, en el noticierismo, es un picadillo: *dissecta membra*, que dijo el profano: y nuestro interés y nuestra emoción se pierden en el vacío, y nuestra curiosidad, sinapismo perpetuo, sigue estimulándonos, y la picazón no se nos quita nunca. ¡De cuántas historias, que la prensa había iniciado y dejado colgadas, a estilo de la cabeza sangrienta del folletín, he buscado yo las huellas en referencias particulares, como se busca el segundo tomo de una novela después de que la casualidad nos hace devorar el primero!

Fácilísimo es cerciorarse de este procedimiento en la prensa. Fijaos en los dramas que ahora mismo ruedan por las columnas de todos los diarios. Hay un joven que aparece muerto al pie de las tapias de la quinta de su padre: sobre la conducta de este joven, sobre sus antecedentes, sobre la persona del asesino, todas son conjeturas, comentarios, revelaciones contradictorias. Sin embargo, nuestro instinto parece que nos dicta una hipótesis; para fundarla, necesitaríamos que la prensa, que dispone de tantos medios de investigación, nos trazase, con la precisa puntualidad del coleccionista de *documentos humanos*, la biografía del joven Ricardo Olivier, los orígenes de la escisión entre el malaventurado mozo y su padre, el carácter y antecedentes de éste — algo en fin que diese luz acerca de los motivos que pueden sugerir a todo un pueblo la suposición terrible y monstruosa de que un padre ha asesinado a su hijo. — Pero abro los diarios, y ya ha caído el peso del silencio sobre este espeluznante drama; ya no se consagran ni las dos líneas de despedida a la *muerte misteriosa*. Ahora empiezan las lentas actuaciones judiciales, y el misterio, en vez de esclarecerse, probablemente se oscurecerá más y más. A no ser que el acaso nos lleve a tropezar con alguna persona enterada, nunca volveremos ni a sospechar quién fué el que arrastró por las ropas el cadáver de Ricardo Olivier, con la espina dorsal fracturada y magulladas las sienas.

Hace pocos días era otro negro enigma el que nos proponía la letra de molde. En la bóveda de un edificio adherente a una iglesia habían aparecido docenas de cajas con restos humanos, de niños y de mayores; un cementerio clandestino en toda regla, ó mejor dicho — si no fuese algo irreverente la expresión, — una fábrica de conservas humanas, hedionda fábrica donde el sueño de la muerte se dormía en cajones desvencijados, entre el polvo y las telarañas de un desván. Un sacristán codicioso, indiferente, como por desgracia suelen serlo muchos de su profesión al respecto y al decoro del templo, traicionando la confianza que en él se había depositado, era quien traficaba de tan repugnante manera, recogiendo en secreto los cadáveres para hacinarlos en aquel sitio, donde al fin los denunció el hedor de la podredumbre. Esto, y la prisión del sacristán, es lo que de las noticias de la prensa hemos podido deducir. Después ya nada más se supo, y quedaron puestas en el magín de muchos lectores media docena de interrogaciones lo menos. ¿Con qué objeto se entregaban al sacristán esos cuerpos muertos, que según la prensa no presentan señales de violencia, huellas de heridas ó golpes? ¿Qué economía resulta de comprar tan extraño sepulcro, exponiéndose a todos los inconvenientes y riesgos de una causa, si no se trata de ocultar ningún crimen? ¿Pueden desaparecer en una ciudad treinta ó cuarenta personas, muchas de ellas adultas, sin que nadie sospeche nada, sin que la justicia se alarme? ¿Puede ponerse en libertad, como decían los diarios, al hombre en cuyas manos se encuentra un matute fúnebre de tal magnitud? ¿Cabe que ese contrabando permanezca oculto durante años, sin que el vecindario sospeche algo; sin que las desapariciones, el traslado de los cadáveres desde la casa mortuoria a la del sacristán enterrador, levante esos rumores que entre la gente del pueblo cunden lo mismo que la llama en la mies seca, y que, por lo lúgubre del asunto, tenían que ser en este caso doblemente graves, doblemente hondos, más difíciles de acallar y de extinguir?

Ni la más insignificante explicación de todos estos problemas he visto en ningún diario. La razón de un hecho tan inusitado y sospechoso como el del sacristán de Sevilla (creo recordar que de Sevilla era), me la he buscado yo, en la carestía de los entierros y en la antigua y tradicional afición de las gentes á ser sepultadas en las iglesias. Presumo que el sacristán ofrecía á sus parroquianos depositar los difuntos que le entregaban bajo las losas de la nave del templo. Esto era halagüeño para la familia, y más si el estipendio se reducía á dos ó tres duros, y se ahoraban mucho dinero y cien enojosas formalidades. Al pobre le cuesta relativamente carísimo el nacer, el casarse, el morir; así es que evita casarse todo lo que puede, y morir, se muere porque no hay más remedio; pero como le dejase, á buen seguro que ni en broma se muriese. Por donde el sacristán tenía una constante clientela, y depositaba á sus *parroquianos* en sitios de esos que jamás se registran, ni se visitan, y donde tal vez presumía que se quedasen sin dar guerra hasta el momento en que sonase la trompeta del Juicio final...

Hoy, lo que creo que preocupa más la atención del público, es la desaparición de un niño, á quien unos creen arrebatado para suprimirle ó secuestrarle, y otros para rodearle de toda clase de felicidades y bienes terrenales, encumbrándole á una posición muy alta. Ese condesito de nombre romancesco, Fernán González, antes jugando en pernetas con los pilluelos de la plaza de Vigo, y ahora reclinado en una berlina de ocho resortes — si es que no yace en el fondo del mar con una bala de grueso calibre al cuello, — constituye una de las novelas más interesantes que habrá escrito la gran novelista llamada *la realidad*, la cual se mete en el bolsillo, no digo yo á los Balzac y á los Walter Scott, pero también, en ocasiones, á los Ponson du Terrail y Dumas; á los de más descabellada y fértil fantasía, á los más fecundos en sorpresas, complicaciones, aventuras y lances inverosímiles.

Apostaré, sin embargo, que con todo el *clavo* que tiene la novela de Fernán González, pasados los primeros momentos la prensa cesará de agitarla, y sólo por casualidad sabremos acaso, dentro de diez ó doce años, si los vivimos, en qué quedó. ¿Se acuerdan ustedes de una boda que dió que imprimir en ambos mundos, en todos los idiomas conocidos; que hizo jugar el telégrafo, que puso en movimiento á las agencias, que revistió los caracteres de un acontecimiento internacional, aunque en el fondo se redujese á una intriga de amor azaz baladí? ¿Se acuerdan ustedes de doña Mercedes Martínez Campos y el señor Mielvaque? Después de tanto ruido, verdad que sería agradable leer alguna vez tres renglones que dijese, verbigracia: «Aquel matrimonio que nos ocupó durante un mes ó mes y medio, reside ahora en tal parte, tiene un chico y dos chicas, y se encuentra bien de salud.» Pues nada: no he vuelto á ver impreso el nombre de esa pareja. Cuando censuran á los novelistas que dejan en la obscuridad la suerte ulterior de sus héroes, deberían hacerse cargo de que así queda la de los personajes «de carne y hueso» en la vida real.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CABOS SUELTOS

Seguramente que la prensa es gentil invención, y el humilde obrero y la persona alejada de los grandes centros sabe hoy más noticias en una hora que nuestros abuelos en un año; pero tiene la prensa un defecto gravísimo; es como el famoso reloj de Burgos: apunta y no da. Escribe todos los días el primer acto de un drama, y jamás quiere ofrecer á los conmovidos espectadores el desenlace; inicia en alta y resonante voz una historia que interesa, y en lo mejor la trunca; su canción no se acaba; su relato tiene cabeza y le faltan los pies. Haced la observación y reconoceréis que es muy exacta. Jamás os dirá la prensa cómo terminan los lances que nos refiere, con los cuales pica nuestra curiosidad, para dejarnos, al fin y á la postre, con un palmo de narices.

Que se ha caído de un andamio un albañil y le han llevado al hospital con pocas esperanzas de vida. — Hétenos ya compadecidos y deseosos de saber si esas pocas esperanzas se convirtieron en realidades; y nos gustaría mucho que un suelto á los ocho días nos enterase de la entrada en convalecencia del desventurado albañil. — Pues ese suelto no aparecerá jamás: toda la vida nuestro corazón compasivo ignorará la suerte final del pobre diablo. — Que ha sido desbaliada una casa y se sigue la pista á los ladrones. — Despidámonos, hasta el valle de Josafat, de esa pista: nunca la encontraremos. — Que se ha fugado un cajero, que se ha evaporado una pareja amorosa, que se ha arrojado de un quinto piso una muchacha desesperada y romancesca, que aparece envuelto en un vejete, que se ha sacado de un pozo un fragmento de pierna y la mitad de un costillar humano... — Apuesto lo que no tengo á que jamás llegaré á averiguar, por medio de la prensa se entiende, si se descubrió la guarida del cajero y se recobró lo *filtrado*; dónde se encuentra el arrulladero de la pareja amorosa, y si el lance acabó en la iglesia; por qué la precipitada del quinto piso adoptó resolución tan radical; quién le dió al anciano el jicarazo, y de quién era aquella pierna mutilada... — El periódico, que lanza el primer día la noticia con estrépito, con los redobles correspondientes á los sucesos extraordinarios, al segundo ya sólo le consagra diez renglones, distraídos y fríos; al tercero dos líneas casi ininteligibles, y al cuarto lo ha relegado al cajón de los expedientes muertos, y trompeta con furia otro evento cualquiera — guerra, desfalco, inundación ó paricidio, — olvidado á su vez á la vuelta de media semana. Yo creo que de esta inconstancia, de esta caza de la noticia repentina, incompleta y confusa como